

VIII

LO QUE SE VE DESDE UN BALCÓN

Después de la precipitada salida de su amo, Yan Brau se había quedado pensativo, asomado al balcón. Aquella salida nocturna del vizconde, aquella prisa por ir, portador de una gran cantidad de dinero, á introducirse en la casa de Trompette, sobre la cual, gracias á los chismes del barrio, tenía muy malas noticias, le hicieron pensar que no terminaría la noche sin acontecimientos complicados. Estaba resuelto á no acostarse antes de que volviera el señor de Courten. La noche era espléndida y tranquila; aparte del confuso rumor que subía de la sala en que el juego atraía á la gente, ningún ruido llegaba hasta él.

La mirada de Yan Brau procuraba traspasar la cortina de follaje que le escondía en parte las ventanas de la sala de juego, para tratar de reconocer á su amo entre las sombras que se movían en la claridad lejana; mas no podía conseguirlo. Cansado ya, iba á retirarse, cuando le llamó la atención aquella luz única que antes

que él había espiado Santiago de Courten, la luz que perforaba la fachada posterior de la casa de Trompette, á la altura del segundo piso. El joven bretón vió lo que había visto su amo: una mujer pensativa, un caballero paseándose por el cuarto, nervioso. Además, en el fondo de la habitación, vió una cama preparada para la noche y, al pie de esa cama, una puerta cerrada, puerta sólida, como pocas veces se encuentra en casas particulares.

Nacido en la quinta de Courten-Málo, no podía menos de llamar la atención de Yan la semejanza de facciones que existía entre la desconocida y la hermana de leche del vizconde, la desgraciada Pervencha Caradeuc, raptada por el Trimard y á la que nunca se volvió á ver. Lo que no pudo observar fué el parecido más ó menos chocante que existía entre el compañero de aquella pobre mujer y el alférez Enrique, pues no conocía á éste.

El tiempo pasaba. Yan oyó sucesivamente dar las diez, luego, las once, en la iglesia de Saint-Merri y en el convento de Blanc-Manteaux. El vizconde no parecía, lo cual comenzaba á inquietar al criado. De pronto su preocupación fué interrumpida por la entrada en el cuarto alumbrado de la casa de Trompette, de un hombre colosal y de repugnante fealdad. La primera impresión que al verlo sintió Yan, es que debía de ser juguete de una alucinación, porque si la mujer triste tenía el rostro de Pervencha, el hombre, con algunos horribles detalles más, parecía ser el sosías del Trimard.

Se habrá comprendido que la habitación iluminada era la que servía de prisión á Enriqueta de Lespare y á su compañera la Simple, desde que llegaron de Flandes.

Para todos, excepto para la pobre mujer, á quien un dolor desconocido había atrofiado la inteligencia, Enriqueta continuaba siendo el alférez Enrique.

La buena armonía que reinaba entre el prisionero y su inocente carcelera chocaba tanto menos, cuanto que, en su compañía, el cautivo parecía recobrar la calma, y que Pietri, aprovechando esa circunstancia para hacer malas suposiciones, mantenía en lo posible al Tuerto á distancia, para evitar sus celos.

Por otra parte, si Gonzalvo no había mandado condenar la ventana del cuarto transformado en cárcel, es porque, al tomar posesión de la casa de Trompette, una minuciosa inspección de los alrededores había hecho observar que el follaje de los árboles formaba una pantalla y que el solo piso de los inmuebles fronteros que podría tener vistas por encima del ramaje estaba inhabitado. Como se supondrá, ese piso era el del vizconde, y si había parecido desalquilado á Gonzalvo al hacer su inspección, era porque Courten, retenido por el servicio, no había vuelto aún á París con la casa real de que formaba parte.

Yan Brau, apoyado en la barandilla del balcón, seguía la escena que se desarrollaba ante sus ojos, interesándose, sin saber á punto fijo por qué, por aquellas gentes desconocidas, cuya mímica sólo podía tener para él una significación muy vaga. Creyó com-

prender que el horrible hombre que se parecía al Trimard no era acogido á gusto ni por la mujer triste ni por su compañero. El gigante parecía poco hablador; limitábase á expresar por señas su pensamiento, pareciendo decir al joven caballero: « ¡Si-game! ». Éste no parecía darse mucha prisa por obedecer. Su rostro, de belleza enérgica y altiva, expresaba, no miedo, sino repugnancia. El de la mujer estaba sumiso, pálido y como aterrorizado.

Al fin, el joven, ante una última orden mimada con más impaciencia, aceptó lo que se le mandaba. Salió del cuarto, con la mano derecha asida por la izquierda del gigante. La mujer se puso de rodillas, levantó las manos suplicantes, y gruesas lágrimas brotaron de sus ojos. ¡ Debía de enviar al cielo intensa oración !

Lo que acababa de ver Yan era la ejecución de la orden dada por Gonzalvo de Torino de llevar á su presencia al alférez Enrique, poco antes de llegar la condesa de Lespare á la casa de Trompette. Con las pupilas fatigadas por la indiscreta atención que acababa de prestar á ese espectáculo, Yan Brau se retiró del balcón. Además, empezaba á estar formalmente inquieto acerca de su amo. El reloj de la capilla de Blancs-Manteaux acababa de dar las once y media. Queriendo saber á qué atenerse, cogió su bastón de cornejo que, en sus manos, era arma más terrible que un cuchillo de criminal, encendió una linterna y bajó. Las velas colocadas de trecho en trecho en la calle de Saint-Martin, no servían sino para hacer

más opaca la obscuridad. En la calle de Venecia, las tinieblas eran completas; pero, al volver la calle de Quincampoix, el farol de la casa de Trompette, despedía deslumbradores rayos, iluminando un grupo extraño.

Formábanlo, tendido en medio del arroyo, un hombre, hacia el cual se inclinaba un gnomo tan poco de acuerdo con la estética humana, que nuestro bretón creyó tener ante sí á Satanás. No obstante, y á riesgo de que el enano le retorciera el pescuezo, Yan se lanzó valerosamente, con el bastón levantado, pues en el hombre tendido había reconocido á su amo. El supuesto Satán no era sino el enano Tortillard que, llegado, con cierta anticipación, á la cita de Gonzalvo, se había detenido para palpar el corazón del vizconde de quien acababan de desembarazarse los puntos del garito.

Por muy atento que estuviera en su examen, es probable que viese venir el estacazo del bretón, porque arrancó el bastón de la mano que lo blandía.

— ¡Virgen santa! exclamó Yan desarmado y dejando caer la linterna, de sorpresa.

— Sosiéguese, muchacho, le aconsejó Tortillard que, por el traje, adivinó al individuo. Tu ademán iba en contra de tus intenciones. Este caballero no tiene mejor amigo que yo.

— ¿No está muerto?

— ¡Está durmiendo!

— ¿Quién ha podido ponerle en tal estado?

— Sobre eso, hijo mío, declaró el enano, riendo,

si eres tú quien cuida de sus bodegas, podrás estar más al corriente que yo.

— ¡Ah! ¡El vino de Asti! Me lo temía... El señor vizconde no acostumbra...

— Basta de hablar para no decir nada, interrumpió Tortillard, sacando sus tablillas, sobre las cuales empezó á escribir con lápiz, mientras continuaba diciendo:

— ¿En dónde vive tu amo?

— Detrás de esta casa de juego. De nuestra ventana se ve todo lo que pasa aquí.

— ¡Ah! exclamó el enano, intrigado. ¿Y... qué pasa?

— Lo de abajo, todo el mundo lo sabe. Pero arriba hay cierto cuarto que nos ha intrigado al señor vizconde y á mí.

— Expílicate.

— La ventana de ese cuarto está enrejada, como todas las de esta casa de desgracia, y las gentes que lo ocupan parecen no gozar de su completa libertad.

— ¿Las gentes, dices?

— Sí, una mujer, joven, bella, pero triste.

— ¿Una mujer?

— Y un hombre muy joven, guapo, altivo, sublevado.

— Ese es el retrato de Enriqueta, pensó Tortillard; luego sigue llevando el traje masculino. Pero ¿qué puede ser esa mujer que le han dado por compañera?

En la incapacidad en que se hallaba para solucionar ese problema, prosiguió, en voz alta:

— Está bien. Tu amo te agradecerá el haberme dado todos esos detalles. Te doy mi palabra... ¿Eres fuerte?

— ¡La verdad, si sólo se trata de transportar al señor vizconde, ya he hecho cosas mejores!

— Entonces, coge, y no vaciles.

Tortillard se había agachado. Con una fuerza de que seguramente no se le hubiera creído capaz, levantó el cuerpo inerte y lo colocó en los hombros del criado.

— Seguramente es el diablo, pensó éste, maravillado. Si el señor vizconde le ha hecho entrar en su juego, estamos bien.

— Vas á llevar á tu amo á su casa, dijo el enano, siempre con voz de mando. Le haces absorber una infusión de café amargo... Nada hay como esto para que pase la borrachera, y necesitamos que tenga todos sus sentidos... No me interrumpas, pues el tiempo es precioso... En cuanto tu amo haya absorbido la infusión, le dejas solo para correr al hotel de Lespare, situado en la calle de Francs Bourgeois...

— ¿Á casa de un amigo del señor vizconde?

— Sí... Llamas á la puerta... Al principio, el suizo se hará el sordo... Pero, retén bien esto, en cuanto oigas abrirse la mirilla, tendrás que gritar con insolencia: « ¡Señor Verda, vengo de parte de su amigo Tortillard!.. » No dejará de hacerte pasar... ¡Yo estoy muy bien con ése suizo!.. Una vez allí, dices al señor Verda que te acompañe al cuarto en que están los dos profesores Jarnac y Chaminade para servir á la condesa.

— El señor vizconde me ha hablado de esos dos valientes. ¿Qué les he de decir? preguntó Yan, á quien empezaba á pesar su carga.

— Les entregas este papel. Ellos te acompañarán sin tratar de averiguar más, y los llevas á casa de tu amo, que, vuelto en sí, gracias á la infusión, se hallará en estado de entenderse con ellos para lo que deba hacerse. Ahora, vete, muchacho, y no pierdas tiempo... Yo te dejo, pues tengo que hacer aquí...

Algo desconcertado por haber recibido órdenes tan terminantes de un personaje tan mal formado, pero que, al fin y al cabo, parecía conocer muy bien á los amigos de su amo y decía obrar en bien de éste, Yan Brau siguió punto por punto las instrucciones recibidas, dejando á Tortillard penetrar en casa de Trompette y subir al cuarto de Gonzalvo, adonde llegó tan oportunamente para tomar parte en la escena que ya conocemos.

Las cosas se realizaron como había decidido el enano. Con sólo oír su nombre, Verda, asustado, apresuróse á abrir la puerta á Yan y á conducirlo á las habitaciones de los dos maestros de esgrima, que le recibieron sin la menor dificultad.

Á eso de la una de la mañana, la pequeña morada de Santiago de Courten, cuya ventana continuaba abierta y permanecía en su inmutable obscuridad, servía, pues, de punto de reunión á aquellos conspiradores de nuevo género: Jarnac, Chaminade, el vizconde y su bretón, reunidos allí por expresa voluntad del enano para intentar libertar á Enrique, cuya ver-

dadera identidad conocían sólo los dos profesores. Jarnac y Chaminade ocupaban toda la anchura del balcón é inspeccionaban con emoción el cuarto situado al otro lado de los jardines.

— Además del alférez Lespare, á quien he creído reconocer en traje de paisano, decía tras ellos el vizconde, y él es quien ha sido la causa de mi estúpida salida de esta noche, estoy seguro de no haberme equivocado respecto de su compañera. Sí, sí, Pervencha, mi hermanita de leche está aún en este mundo; se encuentra en ese cuarto... Déjenme un poco de sitio, señores, que quiero ver...

— ¡No! respondió el tolosano tratando de dar más anchura á sus hombros, todavía tiene demasiado turbios los ojos por su ruda libación... ¡sírvasse de los nuestros!. Y añadió, en voz aja, dirigiéndose á su compañero: Arrímate, Boca Chiquita. Si el vizconde llegase á ver lo que estamos viendo nosotros, la niña dejaría de llamarse para él Enrique...

— ¡Oh! ¡tienes razón, mi noble amigo! ¡Tapemos! ¡tapemos!.. ¡Mira, yo, de ver esos hombros y esos brazos, tengo ya el corazón como del revés!

— ¡Entonces, cierra los ojos! Te vuelves un tanto inconveniente, querido.

La observación del tolosano no dejaba de ser lógica. Si Santiago de Courten se hubiera enterado del cambio de vestidos del personaje del cuarto lejano, no cabe duda de que sus primeras sospechas sobre la comedia masculina representada por Enriqueta de Lespare se hubieran despertado más vivas ante esta prueba.

En efecto, á aquella hora avanzada, Enriqueta, no dudando ya de que la dejarían tranquila toda la noche, cerró con pestillo su puerta, y, despojándose de sus vestidos masculinos, sin esconderse de la Simple, que hacía tiempo se hallaba enterada de su secreto y la ayudaba á engañar á los demás, habiase echado en la cama. En aquella posición, la luz de la lámpara caía á plomo por la graciosa redondez de sus brazos y la curva armoniosa de sus hombros; hombros y brazos cuya sedosa piel no podía pertenecer á ningún hombre por afeminado que fuera.

Por su parte, la Simple se había quitado falda y chambrá, disponiéndose á descansar en el gabinetito contiguo al cuarto y que le estaba destinado.

Si Gonzalvo había ordenado poner una cama en ese gabinete, era por pura fórmula, porque, habiendo notado desde el principio el sentimiento de simpatía que el prisionero experimentaba por la Simple, auguró que el joven era amante de su guardiana, é impuso esa cohabitación dudosa, con gran cólera del mudó.

Pero en el duque de Torino, que le había librado del castigo de su crimen, el Tuerto halló un amo déspota. Roía silenciosamente su freno prometiéndose hacer pagar caro á Enrique, en cuanto se presentase la ocasión, sus inútiles crisis de celos. Ni Enriqueta ni la Simple sospechaban el degradante compromiso habido entre su cancerbero y el duque. Y de haberlo conocido, hubiéransen reído, ya que aquel amor impracticable ponía el verdadero sexo de la primera al abrigo de toda sospecha.

Cuando la Simple iba á retirarse, Enriqueta le hizo una seña para que se sentase al pie de su cama. No tenía sueño y quería hablar.

El simpático cuadro de la joven acostada y la otra sentada, ambas en su sencilla compostura de noche, era el que tenían ante sus ojos los dos viejos maestros de armas.

— En cuanto se apague la luz, dijo Chaminade continuando la conversación empezada por el vizconde, que estaba sentado detrás de él, bajaremos al jardín y cercaremos esa casa de Trompette... ¿Has traído lo necesario para arrancar un barrote, mi noble amigo?

— ¡Sí, sí, tengo cuanto hace falta!

— Desgraciadamente, no tenemos alas; y para llegar á esa maldita ventana...

— ¡Oh! La cosa se hará fácilmente, dijo Yan Brau. La semana pasada ha habido obreros, y su escalera está todavía echada bajo los árboles.

— ¡Eso es suerte!.. ¿Es muy alta?

— Me ha parecido verla esta tarde, dijo el vizconde, y creo que puede llegar bien á la ventana.

— ¡Es que nosotros no tenemos ya las piernas que teníamos á los veinte años!

— Me dejarán ustedes pasar á mí delante.

— No, no; el contrahecho Tortillard nos ha ordenado que pasemos los primeros.

— Á su edad, es cosa peligrosa... ¡Pueden ustedes caerse... matarse!..

— ¿Matarnos?.. ¡Qué idea tan loca!... He ahí una

cosa que todavía no me ha sucedido, dijo ingenuamente Jarnac. ¿Y á ti, chiquillo?

— Á mí tampoco, mi noble amigo; semejante accidente no me ha ocurrido nunca, que yo sepa, repuso Chaminade.

— ¡Por los cuernos del diablo! gritó el tolosano, rechazando al vizconde al interior y cerrando la ventana. ¡Ha llegado el momento de entrar en campaña! ¡Quieren penetrar en el cuarto de Enrique!

Todos bajaron las escaleras al galope y se precipitaron al jardín.

IX

EL OJO DEL CÍCLOPE

Tortillard acompañó á la condesa de Lespare á su hotel y dió á Verda orden de no dejar entrar á nadie hasta su regreso. El enorme suizo, intimidado tanto por la fuerza ilógica de aquel enano como por el alto favor que parecía dispensarle la condesa, inclinóse obsequiosamente. Luego, Tortillard se marchó otra vez á la casa de Trompette. Aquel hombrecillo era infatigable. Llegado, la víspera, de un viaje cuya longitud sólo hubieran podido decir sus piernas, no había tomado descanso alguno desde que entró en París. Modesta clavija de una labor gigantesca, iba, venía y se multiplicaba sin cuidarse de la abrumadora fatiga, que no parecía hacer en él mella alguna.

Á aquellas horas de la noche en que hubiera debido tomar merecido descanso, volvía de nuevo hacia el poderoso enemigo del capitán de mosqueteros acusado de traición. No quería faltar á la palabra empeñada. ¡Ah! al verle trabajar con tanto ahinco, poco

hubiera costado á Jarnac y á Chaminade reconocer en él al mejor y más fiel amigo de su difunto « discípulo predilecto » el conde de Lespare.

El duque de Torino le aguardaba en aquel mismo salón en donde había ensayado y fracasado la escena de intimidación que ya hemos descrito. En cuanto fué introducido á presencia del duque, éste le dijo con acento protector :

— Señor Tortillard, si persiste en sus buenas intenciones y continúa sirviendo honradamente á mis intereses, no le pesará.

— Señor duque...

— Pero no hay que tratar de ver más de lo que le enseñen... Siéntese ahí y coja una pluma.

Cuando el enano hubo obedecido, continuó Gonzalvo :

— Ahora, escribame la narración detallada de sus amores con Constancia de Lespare... Su actitud y la de ella, aquí mismo, me permiten no tener la menor duda acerca de sus relaciones; pero necesito tener la enumeración cronológica, por decirlo así, pues eso da indiscutible valor al relato... ¡Ah! no olvide especificar que Constancia no le ha negado nada desde que se casó con Lespare, pues sus relaciones comenzaron el mismo día de esa unión, si mal no recuerdo.

— Tiene usted buena memoria, contestó Tortillard, cuya peluca daba un raro color á su frente pálida; ¡mis amores fueron coronados por el éxito ese mismo día!

— ¡Ah! dijo para sí el duque, dominando difícil-

mente su alegría. ¡Eso basta para hacer clamar la corte y la villa!

Por su parte, el enano se decía :

— Gracias á que la pobre Enriqueta no está aquí para oírnos... De lo contrario, se volvería loca la pobre muchacha.

— No olvide tampoco mencionar que el joven Enrique es hijo de usted.

Tortillard escribía mucho; se veía que no inventaba nada, pues estaba empapado en el asunto. Luego, dijo, con sorna :

— No hubiera pasado en silencio ese acontecimiento, señor duque. Enrique es bastante bello, bastante bueno y noble, para que un pobre hombre como yo esté lo suficientemente satisfecho y orgulloso de tenerlo por hijo.

— Pero ¿es, pues, verdad? preguntó el duque, confundido.

El italiano se hallaba en la situación del hombre que acaba de inventar una fábula completa y cuya imaginación resulta ser menos fecunda que el hecho verdadero.

— ¿Que si es verdad, señor duque? dijo Tortillard. ¿Acaso tengo yo cara de embustero?

— ¡Ah! exclamó Gonzalvo. Eso excede de todo lo creíble... ¡Don Juan Tenorio se queda chiquito á tu lado!.. ¿Conque de veras es querida tuya la condesa?

— ¡Querida mía, no, señor duque, sino mi mujer!

— ¿En ese caso, la mujer indivisa del conde de Lespare y tuya?

— ¡Usted lo ha dicho!

El duque de Torino se desternillaba de risa.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó. ¡Eres el hombre más singular que he conocido!... ¡El mismo día de la boda!.. ¡Ah! ¡Ah!

El enano acababa de concluir su narración, y firmó. El duque se apoderó del papel; estaba radiante.

Á consecuencia de la horrible escena á que había tenido que asistir sujeta por sus guardias, Enriqueta había sido conducida de nuevo á su cuarto y encerrada con la Simple. El recuerdo de lo que acababa de ver y oír la repugnaba, la sublevaba. « ¡Sálvanos á los dos, tú que tanto nos quieres! », había dicho su madre á aquel hombre contrahecho á quien ella no había visto nunca, de quien nunca había oído hablar. Y sin embargo, tales fueron las palabras pronunciadas por la condesa. ¡No había ilusión alguna! ¡Enriqueta no quería pensar más en ello, porque su imaginación le mostraba cosas abominables! Y, no obstante, volvíale la idea fija : ¿Cuánto tiempo hacía que las conocía aquel hombre?.. ¿Desde cuándo se efectuaba aquella cobardía? Y pensaba, espantada :

— ¡Ah! ¡qué bien se esconden! ¡Hasta hoy no había yo sospechado aún la existencia de ese monstruo tan despreciable en lo moral como en lo físico!.. ¡Desde tan terrible revelación, una duda horrorosa, una ansiedad terrible me tortura y me mata!.. ¿Soy hija del noble y valiente corazón muerto como héroe, ó soy hija de...! ¡Si siquiera pudiese dudar!.. ¡Ay!..

¡Ni aun me queda ese consuelo!.. ¡Mi misma madre se ha acusado... pues ese grito de su alma se dirigía á un ser amado!.. ¡más valdría morir en seguida!

La Simple acababa de echar el cerrojo que las aislaba de sus enemigos. Había ordenado todo para la noche.

— Acuéstese, murmuró la pobre criatura. El sueño es una tregua para sus males.

Enriqueta no contestó. Tenía ganas de estar sola. Empezó, pues, á desnudarse, imitada en esto por la Simple, y se echó en la cama. Pero, en el momento en que su compañera iba á retirarse al cuarto contiguo al suyo, la de Lespare, cambiando de idea, la llamó con estas palabras:

— Siéntese al pie de mi cama, y cuénteme algo que no se relacione conmigo. Necesito olvidar mi propia historia.

La Simple no sabía resistir, y obedeció.

Ese era el cuadro que vieron Jarnac y Chaminade cuando se apostaron en el balcón del vizcondé, y, como, en aquella compostura, no podía Enriqueta pasar por mosquetero, ambos se ingeniaron para que Courten no penetrase su secreto. Ya sabemos que lo consiguieron.

— ¿Qué quiere usted que le cuente? preguntó la Simple.

— Su historia; y, ante todo, dígame su verdadero nombre.

La desgraciada á quien habían apodado la Simple y cuya imaginación si no la belleza, había zozobrado

en una aventura ignorada de todos, salvo tal vez del mudo, se había afinado y tal vez había recobrado parte de su inteligencia desde que pasaba sus días en compañía de Enriqueta.

— ¿Mi historia? dijo, lanzando un suspiro. ¡Es muy triste!.. ¿Mi nombre?.. No siempre me llamaron « la Simple ». Antes me nombraban Pervencha.

— ¡Pervencha! repitió Enriqueta, tratando de recordar quién había pronunciado ese nombre ante ella y dónde.

— Nací en Bretaña, en Morbihan, en una aldea que dependía del castillo de Courten-Málo...

— ¡Courten-Málo!

— Mi madre, antes de morir, había criado al hijo de la castellana. ¡Éste era una noble criatura! ¡En esta vida unos nacen para padecer, otros para gozar!.. ¡Él merece ser feliz!.. ¡Conservo agradecido recuerdo de mi hermano Santiago!..

— ¡Santiago de Courten! exclamó Enriqueta.

— ¿Lo conoce usted?

— ¡Es mi prometido!

— ¡Es usted digna de él!.. ¡Mientras yo viva, no le harán á usted daño alguno!

— ¡Ah! ¡pobre Pervencha, cuánto ha debido usted de sufrir!

— Si lo que yo he padecido pudiera servir para felicidad de ustedes, no tendría yo pesar alguno. Pero, escuche la continuación de mi historia. Santiago era fuerte. Se había proporcionado un terrible enemigo venciendo, en lucha, á un vagabundo llamado el Tri-

mard. Este hombre era cobarde... Aprovechó la marcha del caballero á la corte... Yo fui la víctima designada para su venganza... Me raptó y me llevó á su fuerte : Loc-Eltas, una torre vieja ruinososa que domina el Scoff...

— ¡Dios mío!.. Temo comprender, murmuró Enriqueta tapándose los ojos. Tan patético relato le hacía olvidar sus propias miserias.

— No, repuso Pervencha, el crimen no fué consumado... Las vírgenes de Bretaña saben preservarse... Además, soy hermana de Santiago... ¡Después de ser vencido por el hermano, el Trimard tenía que serlo también por la hermana!... La misma noche del rapto, el bandido quiso hacerme cosa suya... Yo me defendí, y en la lucha, no sé como fué, el caso es que uno de mis dedos penetró en su órbita...

— Querida Pervencha... ¿ese Trimard es el Tuerto?...

— ¡Él es!... Después de vaciarle el ojo, yo me desmayé... El enemigo no era ya de temer... Se torcía de dolores y estertoraba... ¡Cuando volví en mí, la sacudida me hizo perder la memoria, era inocente! Sin estar obligada, me quedé con el que había querido hacerme su mártir... le cuidé y lo curé. No volvió á repetir la tentativa; pero yo era su esclava.

— ¿Era mudo antes de eso?

— ¡No! Á principios de Mayo último, Santiago vino á Courten-Mâlo para ver á su madre...

— Salía de nuestro castillo de Tanlay, en donde nos habíamos prometido uno al otro.

— Se enteró de mi desaparición y, sin perder un minuto, la misma noche de su llegada, subía á Loc-Eltas para matar al verdugo de su hermana... El encuentro se verificó en la plataforma que sirve de base á la torre... ¡Fué corto!.. El Trimard, precipitado desde lo alto de las rocas, cayó en el Scoff... Santiago me buscó concienzudamente, por todas partes... mas no me encontró... por culpa mía... Yo tenía vergüenza de mí misma y me escondía... Al día siguiente, volví á encontrar al Trimard al pie de la torre... No estaba muerto... Había conseguido salir del río y arrastrarse hasta aquí... Era una fiera; pero una fiera bien herida... Me compadecí... le puse en la cama y lo salvé por segunda vez... Pero estaba mudo para siempre... ¡En su caída, se cortó la lengua!... Cuando pudo andar, me arrastró consigo día y noche por las carreteras, huyendo de aquella tierra bretona, adonde Santiago podía volver y no errar el golpe... Y así es como, después de haber atravesado todo el norte de Francia, hemos llegado á aquella cabaña carbonera de las inmediaciones de Fontenoy, á esa cabaña donde me encargaron de usted.

— ¡Ah! ¡pobre Pervencha! exclamó Enriqueta, enderezándose en el lecho para atraer á la joven contra su corazón y abrazarla.

Luego, descuidando sus acostumbradas precauciones, olvidando que las paredes de la casa en que estaban podían tener oídos, prosiguió, sin bajar el tono :

— ¡En lo sucesivo, Pervencha, seremos una para

otra, y ya que Santiago es tu hermano, yo seré tu hermana!

Un sonido ronco y prolongado, análogo al mugido de un buey que olfatea la sangre, se oyó detrás de la puerta.

— ¡Alerta! exclamó Pervencha, poniéndose en pie. Ha hablado usted demasiado alto y ha despertado al animal.

— ¿Á qué animal?

— ¡Al Tuerto!... Antes de conocerme, forzaba á cuantos jóvenes hallaba... Desde mi reinado, ¡pobre reinado! se contiene... ¡Cuidado con que se desborde!...

— ¿Qué teme usted, pues?

— ¡Las peores cosas! ¡Ahora que sabe que tiene bajo mano á otra mujer que no soy yo, y á mí me respeta por costumbre, tendremos que matarle ó que morir!.. ¡Escuche!

Al otro lado de la puerta, el resuello aumentaba en intensidad. De pronto, un violento puñetazo aplicado junto á la cerradura, la hizo saltar, y, arrancado el cerrojo, abrióse la puerta, dando paso á un ser in-mundo cuya boca vacía espumeaba y cuyo único ojo lanzaba sangrientos resplandores.

Lo que acababa de decir Pervencha era verdad. El Tuerto, bajo su antiguo nombre del Trimard, había llevado el luto durante mucho tiempo á las familias bretonas, raptando á las doncellas y despachándolas luego á su casa, una vez deshonradas. Á no ser por su fama de luchador y su musculatura hercúlea, los

mozos le hubieran hecho pagar caros sus crímenes; pero, en el curso de sus audaces excursiones, antes de su encuentro con Pervencha, sólo había cosechado flores, pues las desgraciadas por él deshonradas no se atrevían á quejarse lo bastante alto para que en su camino surgiese un defensor de la virtud con fuerzas suficientes para interrumpir sus éxitos legendarios.

Al dedicarse á Pervencha, al darse por enemigo á Santiago de Courten, equivocó el camino. Aunque había estado siempre á su lado desde su salida de la casa materna, la hija de la buena mujer Caradeuc nunca había sido de él, y el repugnante coloso, privado de sus antiguos placeres que eran un derivativo para su poder, sentía ahora hervirle la sangre en las venas, con amenazas de apoplejía, y moría de plétora de salud.

En una crisis furiosa de esa abundancia de vigor fué cuando se presentó á las dos mujeres después de haber sorprendido el secreto de Enriqueta, porque estaba escuchando tras la puerta, impulsado por los celos. Contoneando ligeramente su busto al igual que los plantígrados, el Tuerto caminaba derecho hacia la cama en que Enriqueta lo veía, espantada, acercarse. Toda la energía de la joven desaparecía, pues se daba bien cuenta de que sin armas, y sobre todo desnuda, el luchar contra aquella fiera alocada sería tal vez retardar un poco, pero no mucho, la ineludible catástrofe.

Los ojos de la indomable joven estaban agrandados por el primer pavor verdadero que sentía desde su

nacimiento. Hubiera querido gritar; mas su garganta, contraída por la angustia, se negaba á emitir sonidos. Pervencha había anunciado el peligro, pero conocía demasiado al mudo para desanimarse tan pronto. Ella pudo gritar, pero no lo hizo, pensando que al conjurar de ese modo el peligro presente, atraería otro mayor sobre su nueva amiga, cuyo secreto conocerían entonces los italianos.

Valientemente, salió al encuentro del cíclope y le escupió en el rostro. De ordinario, el Tuerto perdía todos sus medios cuando se manifestaba de ese modo la repugnancia decidida de su compañera. Esta vez no pareció enterarse. Ya lo hemos dicho: ¡estaba loco! Sus enormes brazos daban vueltas como los tentáculos de un pulpo y se enroscaron en el cuerpo de la joven bretona cuyos huesos crujieron, y, levantándola tan fácilmente como si fuera un niño en pañales, fué á arrojarla en su camaranchón, cerrando tras sí la puerta. Esto ocurrió tan rápidamente que en el momento en que Enriqueta, rebelada contra sí misma, volvía á ser dueña de su voluntad para poder sacar un pie de su cama, á fin de correr en auxilio de su amiga, ya estaba el Tuerto á su lado, de vuelta. Hubo un momento de silencio trágico. Enriqueta de Lespare, con los cabellos sueltos, flotando sobre sus hombros, la respiración silbante y bella con esa belleza combativa que se atribuyó á las Euménides, esperaba el ataque del siniestro bandido. Su corto desfallecimiento había desaparecido. Le desagradaba huir de la lucha pidiendo auxilio, y sus ojos ardientes

no podían librarse de la fascinación que ejercía en ellos la pupila del ojo del cíclope de donde parecían emanar vapores luminosos de fósforo.

El Tuerto la contempló con no disimulada admiración. Su calma aparente estaba cargada de tempestad, porque sus dedos velludos se abrían y cerraban con sacudidas nerviosas. Su próxima victoria sobre aquella joven cuyos brazos blancos y sin músculos visibles le acosaban, parecía cosa tan natural y sencilla que no se apresuraba, deleitándose en las primicias, como buen goloso. Y las ventanas de la nariz se le dilataban aspirando apetitosos aromas.

Al fin, dominándolo con irresistible furia el deseo, se decidió, y su garra, pesada y velluda como la de un oso, se abatió sobre el desnudo hombro de Enriqueta.

La joven no había dejado de mirar el ojo diabólico y formidable cuyas luces demoniacas la hipnotizaban. Pero, al sentir en su piel el calor de aquella pata, afluyóle al cerebro toda la sangre noble heredada de los Lespare. De un brusco movimiento, soltóse del monstruo, cuyo fétido aliento le llegaba al rostro. El Tuerto, rugiendo, resollando, volvió frenéticamente á la carga. Entonces comprendió Enriqueta toda la verdad de las últimas palabras pronunciadas por la fiel Pervencha: « Tendremos que matarle ó morir. » ¡Á ese precio estaba su secreto! Su mano derecha se acercó, como defensa, á la repugnante cara, y como seguía aún mirando á aquella enorme pupila cuyos resplandores la enloquecían, su índice, levantado

como punta de lanza, se dirigió casi inconscientemente á aquel ojo y penetró en él con frenesí.

La garganta del abyecto miserable sumida en eterna noche lanzó tan formidable alarido que ahogó todos los demás ruidos que se producían de arriba á abajo en la casa de Trompette.

Vencido por atroz dolor, el gigante soltó presa y se retorció, cual una serpiente aplastada, en el suelo, que se manchaba con su sangre.

Lfvida, con el rostro estirado por contracciones nerviosas, agitada por estremecimientos convulsivos, la señorita de Lespare se había refugiado atrás y contemplaba horrorizada el espectáculo demoníaco de ese Polyfemo cegado y herido mortalmente, que trataba de abrirse la cabeza contra todos los objetos que encontraba, y lanzando las notas de agonía de un mastodonte. ¡Aquello era espantoso!

Abismada en la atención con que miraba al bruto aquel que padecía intolerables dolores, no notó Enriqueta un ruido insólito que partía del otro lado de la ventana. De pronto, un cristal voló hecho añicos. Por esta abertura se insinuó una mano, se levantó la falleba, y por la ventana así abierta, dos hombres penetraron atrevidamente en el cuarto en que acababa de verificarse aquel duelo sangriento.

FIN DEL HEROÍSMO CON FALDAS

Índice de Materias

PRIMERA PARTE

EL HEROÍSMO CON FALDAS

I. — La inundación	5
II. — Una heroína	20
III. — Un idilio en la tempestad	36
IV. — Cómo se comunica el amor	48
V. — Esponsales á caballo	64
VI. — En donde al fin se autoriza á Enriqueta á llevar pantalones	74
VII. — Pervencha y el Trimard	87

SEGUNDA PARTE

LOS BASTARDOS DE ITALIA

I. — Casta de traidores	101
II. — Pinchazo de aguja	115
III. — Viejos recuerdos	126
IV. — Desgracia real	142
V. — La espada de Lespare	156
VI. — El héroe de la jornada	167
VII. — Mensaje maldito	178
VIII. — La locura de Gonzalvo	195